

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white sans-serif font on a blue rectangular background.

El Sindicalismo y la integración latinoamericana [The Labor and Latin American integration]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Mercau, Andrés
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-09-20 10:06:29
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222285

El Sindicalismo y la integración latinoamericana

Mercau, Andrés

Andrés Mercau: Secretario General de la Federación de Trabajadores Metalúrgicos, Mineros, Mecánicos de Venezuela (FETRAMETAL).

Integración y desarrollo

Nunca como ahora se ha hablado tanto en América Latina de integración y de desarrollo, y también nunca hemos sido tan ineficaces para crecer y unirnos. Integración es una palabra de impacto, de exigencia social y política, y desarrollo, es una palabra tabú.

La Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), el Mercado Común Centro Americano, el Acuerdo de Cartagena en el Pacto Sub-Regional Andino, CARICOM - Asociación de Libre Comercio del Caribe -, y el SELA - Sistema Económico Latinoamericano -, son procesos que llaman la atención y ocupan un lugar de trabajo; a los técnicos, gobernantes, universidades, bancos, empresarios, a los intelectuales y también al movimiento de los trabajadores organizados; especialmente al sector más dinámico: el sindicalismo. Y nos interesa porque creemos que la integración y la unidad de América Latina es un medio poderoso y hasta imprescindible para el desarrollo, el bienestar y la total liberación del hombre.

Y podemos decir que nuestro interés se expresa de dos maneras: la opinión que tenemos y la integración que queremos. La participación que tenemos actualmente es conflictual y limitada, en los pocos mecanismos que estamos presentes como movimiento obrero, en estos procesos incompletos y mediatizados. Queremos, sí, destacar que la participación en el Pacto Andino, por parte del sector laboral de la Sub-Región, es con un poco más de presencia que en todos los demás organismos. Está previsto en el Acuerdo de Cartagena, el CAES, Comité Asesor Económico y Social, que está integrado en forma paritaria con los empresarios; y de ahí en ese organismo, el Movimiento Sindical tiene la oportunidad de hacer oír su voz. El CAES ha venido superándose en sus actuaciones, pues en sus comienzos resultó sumamente difícil que cumpliera su cometido, de acuerdo con el reglamento de funcionamiento que elaboró la Junta del Acuerdo de Cartagena.

Este organismo es simplemente asesor, y aquí radica una de nuestras permanentes quejas, pues la voz de consejero es muy débil, tanto para las opiniones de los trabajadores como la de los empresarios.

El Pacto Andino sigue siendo válido en sus ideas y planteamientos, se puede afirmar que es un proceso que tiene expectativas y posibilidades de crear un polo de mayor unidad y desarrollo, dentro de las ideas de integración, siempre bajo el actual sistema económico. Quizás su conducción y dirección, sea técnicamente eficiente, pero sus decisiones fundamentales que están en manos de los gobiernos lo convierte en un Pacto absolutista, lo que merece nuestra preocupación, tomando en cuenta que la mayoría de los gobiernos de los países integrantes del Pacto, no son producto de la voluntad popular, y además que los cambios de administración han causado grandes males y atrasos al proceso. Basta señalar que desde 1969, fecha de la firma del Pacto Andino, se han producido en la Sub-Región veinticinco (25) cambios de autoridades gubernamentales, que con la sola excepción de Venezuela y Colombia, han sido por la vía de la fuerza y de la conspiración.

La tarea de la integración y la unidad de América Latina, no es nada nuevo ni la hemos descubierto ahora. Ya el Libertador Simón Bolívar, una vez consolidada la Independencia, se dio a la tarea de unirnos en una Patria Grande. Pero nuestros antepasados no comprendieron esta empresa y se negaron a luchar por esta maravillosa idea de la integración. Integración que cada día sigue siendo una necesidad para desarrollarnos y para crecer, para liberarnos de la dependencia, para obtener una verdadera justicia social, para acabar con las dictaduras civiles y militares que oprimen y explotan cada vez más a nuestros pueblos. Para que los trabajadores podamos ser actores y protagonistas de esta empresa de la integración antes de que finalice este siglo, deberá encontrarnos unidos; de lo contrario, seremos esclavos y mas dependientes del colonialismo y del imperialismo.

La economía latinoamericana en 1977 disminuyó su ritmo de crecimiento. La tasa del cinco por ciento (5%) fue inferior a la de 1975 y 1976, pero las necesidades han aumentado y no han sido satisfechas. Seguimos en una economía incapaz e impotente para satisfacer las necesidades crecientes de las masas populares de América Latina.

Todos los organismos internacionales sean privados o públicos, de las Naciones Unidas, cómo la OIT y la CEPAL, las instituciones políticas y religiosas, y las centrales sindicales, concuerdan en declaraciones sobre este deterioro, que ha acentuado el abismo dramático e injusto que separa a los países pobres de los países ricos.

Lo que se dice fríamente en números y gráficos estadísticos, lo sienten los trabajadores todos los días, en todas partes de América Latina, en su propia carne, la de nuestra familia, porque las víctimas reales de esta miseria que se agranda, aparece con fatalidad inevitable, son los trabajadores de la ciudad y del campo y especialmente las juventudes trabajadoras que viven en una sociedad sin esperanzas de vida plena y digna. Y esto adquiere una gravedad nunca vista hasta ahora, si se tiene en cuenta que hay países de América Latina cuya población está compuesta por jóvenes menores de veinticinco (25) años, en una proporción de setenta por ciento (70%) y esta situación será general en menos de diez (10) años, y la mayoría de estas juventudes procede de los sectores obreros y campesinos de América Latina.

Una de las Centrales Sindicales Internacionales, dijo, el Primero de Mayo, que cada año que pasa se "deteriora más profundamente la situación de los trabajadores en América Latina, y de seguir así, se marcha inexorablemente hacia la desintegración y hacia la destrucción de nuestro destino humano". Cada día hay más injusticias, cada día hay más dictaduras, cada día hay más persecución, cada día hay más víctimas de la miseria, cada día menos escuelas, menos hospitales, menos vivienda; todo en proporción al crecimiento de nuestros pueblos.

Por ello, las tareas del desarrollo y la integración no serán posibles en América Latina sin una movilización intensa, masiva y entusiasta de las masas populares, del movimiento de los trabajadores organizados, y de las fuerzas sociales concientizadas para esta tarea, que unidas a la tarea política, sean un instrumento de poder real y eficaz.

El capitalismo no resuelve las necesidades del hombre

Tenemos que crear una mística del desarrollo y de la integración, porque sin amplias bases populares, todo será inútil. Pero el problema de fondo estriba en que la mayoría de los trabajadores no creemos definitivamente en un desarrollo y una integración efectiva para América Latina, dentro del sistema capitalista, que ya ha demostrado hasta la saciedad que es impotente y negativo para resolver las necesidades más elementales del hombre latinoamericano. La única manera de despertar el entusiasmo y la adhesión militante, la mística y la movilización creadora, es buscando una vía no capitalista para el desarrollo y la integración de nuestros pueblos. América Latina no tiene vocación de capitalismo ni de totalitarismo sino que posee una acendrada tradición de humanismo y una decidida voluntad de democracia real y efectiva, junto con una apasionada búsqueda de fórmulas comunitarias.

Es muy difícil prever una adhesión masiva y entusiasta de los trabajadores latinoamericanos para las tareas del desarrollo y de la integración tal cual están planteadas hoy día; dejemos de lado las pequeñas burocracias y oligarquías arribistas que pululan en los movimientos populares y que desde hace tiempo no representan más sus bases reales. La misma ONU, y otros organismos internacionales, constatan que cada año estamos peor y que no podemos superar, con las actuales estructuras, las diferencias entre las necesidades humanas y el crecimiento económico. Es que el esquema del desarrollo capitalista ha fracasado en América Latina y decididamente ya no sirve. Y no se trata de un simple crecimiento económico, cada vez más mal distribuido desde el punto de vista estricto de justicia social. Para ser auténtico el desarrollo, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres. Como decía un gran experto en desarrollo económico: "Nosotros no aceptamos la separación de la economía de lo humano, el desarrollo de las civilizaciones en que está inscrito. Lo que cuenta para nosotros es el hombre, cada hombre, cada agrupación de hombres, hasta la humanidad entera". Y debemos confesar, que la actual economía latinoamericana no ha sabido promover a todos los hombres, sino a una minoría privilegiada de hombres, abandonando a la miseria y a la humillación a la mayoría de los latinoamericanos. Tampoco es una economía para desarrollar todas las virtualidades del hombre latinoamericano. Lo que tenemos es una minoría alienada y una mayoría tristemente masificada.

Cómo se puede pretender despertar el entusiasmo de los trabajadores y de las juventudes en un proceso de integración, que tal cual está planteado, degeneraría inevitablemente en la integración de los monopolios extranjeros y en una concentración del poder capitalista como nunca se ha tenido en América Latina. Cómo se puede apoyar una integración latinoamericana realizada en el cuadro político del panamericanismo o en el interamericanismo que han sido hasta ahora el pretexto para disfrazar la ya bien conocida "distribución de zonas de influencia entre los grandes y poderosos", y que nos ha transformado a todos en el patio trasero donde todo puede pasar y donde nada podemos decidir.

Nuestra responsabilidad en estos momentos, es advertir que mientras se multiplican los organismos técnicos internacionales y se aumentan las reuniones y conferencias de todo tipo, se está plasmando en las bases populares y en las juventudes, otra mentalidad y otras perspectivas. Un historiador famoso afirmó hace poco en una capital latinoamericana, que la fuerza más grande en estos momentos es el nacionalismo. Y es oportuno afirmar aquí, que la fuerza más grande en América Latina, será el nacionalismo latinoamericano; y aquí puede haber un hiló histórico conductor que puede servir de base para crear la mística y la movilización que se nece-

sitan para encarar las gigantescas tareas del desarrollo y de la integración por nuevas vías y con nuevos modelos, surgidos de nuestra propia idiosincrasia y voluntad creadora.

No nos referimos en absoluto al ya superado nacionalismo chovinista que ha sido negativo y peligroso. Para nosotros el nacionalismo latinoamericano es cómo el derecho a cultivar la personalidad que tiene cada hombre. Los pueblos también tienen su personalidad, y si no la desarrollan es porque están enajenados o masificados, pero nuestra responsabilidad es realizar un proceso de desarrollo y de integración que sirva de base para resaltar la personalidad latinoamericana. Esto es un derecho y un deber que no podemos renunciar ni dejar que nos arrebatan. Así lo expresó en forma clara y profunda Paulo VI, en su Encíclica **Promoción de los Pueblos**: "Rico o pobre, cada país posee una civilización recibida de sus mayores: instituciones exigidas por la vida terrena y manifestaciones superiores artísticas, intelectuales y religiosas de la vida o el espíritu. Mientras que estás contengan verdaderos valores humanos, sería un grave error sacrificarlas a aquellas otras. Un pueblo que lo permitiera perdería con ello lo mejor de sí mismo y sacrificaría para vivir, sus razones de vivir".

Y los latinoamericanos debemos convencernos que si seguimos en los actuales caminos, la mayoría de ellos inspirados o condicionados por agentes multinacionales, sea del pensamiento como del dinero, corremos el riesgo de vivir masificados para hacernos creer que vivimos mejor, pero en el fondo habremos perdido lo mejor de nosotros mismos, aquello que todavía puede servir de mensaje y fermento en el mundo, y habremos sacrificado, inútilmente, nuestras propias razones de vivir.

Por eso se acrecienta en los trabajadores y en las juventudes, la conciencia y la decisión de que la integración debe ser absolutamente latinoamericana, entre latinoamericanos y para los latinoamericanos. El latinoamericanismo debe sustituir al panamericanismo con todas sus consecuencias y en todos sus instrumentos y aparatos.

Queremos una integración de pueblos

Queremos una integración no solamente económica, sino también política, social y cultural. Queremos una integración de pueblos y no solo de gobiernos. Queremos una integración que no sea la simple suma o acumulación de los **statu quo** actuales, sino que sirva cómo estímulo y acelerador para los cambios revolucionarios

que necesita América Latina. Y ESTA NO ES LA INTEGRACION QUE ESTA EN MARCHA EN ESTOS MOMENTOS.

Sería una carga para nuestras conciencias y para nuestras responsabilidades, no señalar una política que consideramos nefasta e hipócrita. Ante la imposibilidad y la ineficacia de las actuales estructuras económicas y sociales capitalistas que hay en América Latina para satisfacer las necesidades humanas, se ha desatado una ofensiva para culpar de esta situación a la explosión demográfica. Se ha encontrado nuevamente un cómodo "chivo expiatorio" que, además, no tiene fuerza para protestar porque muere antes de nacer. En esto queremos ser muy enérgicos y muy sinceros. El problema de América Latina no es el aumento de población, sino el aumento de la miseria; y el aumento de la miseria no lo provoca el aumento de la población, sino el sistema económico y social actual que debe ser absoluta y urgentemente cambiado. No es limitando la vida como vamos a desarrollar América Latina, un continente de los más despoblados del mundo. La población es un factor de poder. Y esto es verdad desde un punto de vista económico, pero más desde el punto de vista geopolítico. Alguien habló y advirtió sobre el peligro de la dominación extranjera, más radical sobre la base de la distribución de zonas de influencia de las grandes potencias. Pues bien: es bueno denunciar que la mayoría de la actual campaña de limitación de nacimientos en América Latina está siendo inspirada ideológicamente, sostenida financieramente y respaldada políticamente por potencias, intereses, fundaciones y grupos extranjeros que quieren evitar que en América Latina, dentro de los próximos quince años, su población adquiera un relativo factor de poder y pueda desencadenar otros factores de poder poniendo en peligro las actuales relaciones de fuerzas mundiales. Sabemos que corporaciones industriales transnacionales están haciendo negocios de la más alta especulación con los métodos anticonceptivos de todo tipo.

Somos favorables hacia una planificación familiar seria y responsable; pero no para disminuir la población, sino para aumentarla en forma racional, porque el problema de fondo es que el actual sistema económico y social ha permitido la creación de una sociedad minoritaria y oligárquica que beneficia a unos pocos. Y con la campaña del control de nacimientos se quiere tender una cortina de humo sobre esta realidad, y desviar la atención y los esfuerzos de la opinión pública y de las masas populares hacia puntos que no constituyen sino la epidermis de nuestros grandes problemas latinoamericanos, buscando así disminuir las tensiones revolucionarias que, por otro lado, son inevitables en la actual coyuntura latinoamericana.

Los bandos en pugna por el predominio mundial, sea que se expresen en fórmulas de guerra fría o guerra caliente, han tratado de dividir al mundo según sus propios esquemas de poder. Pero el mundo real, el mundo de los hombres que tienen hambre, que no tienen trabajo, que tienen muy cortas esperanzas de vida, el mundo de la miseria, hace tiempo que no ha aceptado y ha escapado, por la fuerza propia de la miseria y de la esperanza de salir de ella, de estas divisiones artificiales. El mundo hoy se divide realmente en el mundo de los países ricos y el mundo de los países pobres. América Latina tiene una legión de pueblos pobres. Y su destino está más con África y Asia, que con las grandes potencias. Nuestra fraternidad más natural es con los que son pobres como nosotros, para realizar un frente de pueblos pobres que presionen con eficacia al club de los países ricos, que monopolizan casi el noventa por ciento de la riqueza mundial. Los trabajadores latinoamericanos cada vez nos sentimos más inclinados y preocupados por esta nueva solidaridad que es históricamente la que corresponde a América Latina.

La Conferencia Norte-Sur, abrigó esperanzas a pesar que su convocatoria fue presionada por los países del tercer mundo. Hoy es el único foro con posibilidades de hacer algo en favor de un nuevo orden económico y social internacional. Quiero resaltar lo de "social", pues cuando se habla de este tema, se pone énfasis exclusivamente en lo económico, y un crecimiento sólo económico no es lo mejor para nuestros pueblos.

De seguir esta negativa de los países ricos, en negociar bajo un plano de justicia social internacional, los latinoamericanos deberíamos impulsar con todo valor organizaciones como la OPEP, en cuanto a otras materias primas de las cuales somos productores. Estamos conscientes que ninguna otra tiene el valor y lo estratégico del petróleo, pero se hace necesario otras OPEP para nuestros productos básicos, hasta tanto podamos industrializarnos y depender en menor grado de las importaciones de los productos manufacturados.

Nuestra permanente queja a los Estados Unidos no es producto del impulso ni de posiciones preconcebidas, ni de alineamiento en otros bloques, sino que se basa en su presencia en nuestro continente con sus intervenciones militares, políticas, sabotaje a nuestras economías, penetración a nuestra cultura y ofensas a nuestros valores. Es increíble que la primera potencia del mundo, vecina de América Latina, tome en cuenta a nuestros pueblos como el patio trasero, como simple abastecedores de materias primas, como votos necesarios en las asambleas mundiales.

Venezuela debe seguir siendo la cabeza de playa, abanderada, líder, sin deseos de predominar mezquinamente con fines egoístas para sí, sino con la idea bolivariana de servir para la unidad, integración y desarrollo de América Latina. Obteniendo este objetivo, podríamos constituir, un día no lejano, los Estados Unidos de América Latina, que con su población, riqueza, cultura, raza, extensión, podría ser una gran potencia para el mantenimiento del equilibrio y la paz mundiales.

Recientemente se ha firmado un nuevo "Pacto", llamado oficialmente Tratado de Cooperación Amazónica, que conlleva todos los ingredientes de un intento de unidad e integración. Los trabajadores, sin embargo, hemos expresado nuestra preocupación ante este hecho. Este Plan Amazónico tuvo sus orígenes cuando hace unos años se habló de unir navegablemente los grandes ríos del sur de la América Latina; pero este proyecto o idea fue relegado y olvidado, quién sabe por qué razones o intereses que están lejos de nuestro alcance e información; pero por experiencia, siempre el Movimiento Obrero ha dicho que las acciones y hechos que se dan en nuestra América Latina, en este tipo de tratados, cuando no hay una participación de los trabajadores, casi por lo general sus resultados son contra los trabajadores. Existe la presunción de que detrás de esta idea podrían estar las grandes corporaciones multinacionales, que utilizando a Brasil como un "Caballo de Troya", intentan penetrar el Pacto Andino para sabotearlo y frenar su camino; como lo han intentado en estos últimos años valiéndose hasta de las mismas agencias de espionaje.

Se confirman las reservas sobre el papel que desempeñarían las multinacionales dentro de este Proyecto Amazónico. El Imperio Ludwing es propietario de grandes reservas de madera, y viene hace años buscando valorizar la explotación y manufactura de la misma. Israel tiene grandes intereses en minerales y derivados que bordean todo la Cuenca del Amazonas. La Empresa Automotriz Alemana Volkswagen, es inversionista como empresa en el sector agrícola y ganadero de Brasil, explotando por el momento más de 300.000 hectáreas. También se señala con dedo acusador al multimillonario norteamericano Daniel Kieth, entusiasta animador de este Tratado, como un instrumentó de las corporaciones multinacionales.

Por ello un cable de la agencia EFE, comenta que no es nueva la pregunta que círculos nacionalistas del Brasil se hacen sobre el papel de los capitales multinacionales que están en juego dentro de este tratado. Igualmente hay la preocupación de que estás corporaciones van a expandir su influencia económica a través de las fronteras del Brasil con un sentido económico imperialismo, y con los riesgos naturales que podrían invadir el campo político de los países miembros de ese Pacto. Al

conocerse la invitación de Brasil, importantes círculos de Venezuela levantaron su voz para expresar la idea de que nuestro país debía ingresar como bloque con los demás pueblos integrantes del Pacto Andino, y que era necesario que se despejarán con claridad muchas dudas y algunas serias reservas sobre lo que podría existir detrás de este Pacto, que muy apresuradamente, y con toda habilidad, la Cancillería de Brasilia invitaba a firmar.

Por ello hemos creído conveniente expresar sincera y apasionadamente estos puntos de vista, para cumplir con las inquietudes y aspiraciones de los trabajadores que representamos, por nuestra condición de dirigentes sindical metalúrgico, y representante de Venezuela, ante el Pacto Andino, por intermedio de su Comité Asesor Económico y Social, CAES. Ante el gigantismo de la técnica, del dinero y del poder, la misión de un sindicalismo de buena fe es traer a estas páginas la voz de los que no tienen voz: la esperanza de los hombres comunes, que todos los días luchan por su propia existencia; las condiciones de la economía que se estudian en cifras y gráficas, a veces con la frialdad que exige la técnica pero que hacen olvidar al hombre, que es en definitiva el sujeto y objeto de todo proceso económico, social y político. Nuestra misión, como sindicalista y luchador social, es recordar al hombre, hablar por el hombre, que está dramáticamente representado por los trabajadores de la ciudad, del campo, los marginados, y por las juventudes obreras de nuestra América Latina.